

Carta al hijo

Martin afronta su final con una serenidad y una entereza que le llevan a alcanzar algo parecido a la Gracia

La vida, bien mirada, es una sucesión de pérdidas que nos acercan poco a poco al gran vacío final. Primero, los abuelos, después, los padres, y, el siguiente, eres tú. Conviene, suponemos, no angustiarse demasiado, aceptar lo inevitable con deportividad y, si es posible, con humor, necesariamente negro. Como el del que fue al médico, le dieron dos meses y preguntó si no podrían ser julio y agosto.

Eso es un poco lo que le pasa al protagonista de esta novela, que también arranca en la consulta de un oncólogo. Martin afronta el diagnóstico con envidable estoicismo. Asume que ya es mayor, y cree que ha sido razonablemente feliz. Pero no puede evitar preocuparse por el porvenir de su familia: un hijo tan pequeño que sólo lo recordará por referencias indirectas y una mujer de la que sospecha puede tener una aventura.

También en eso Martin va a



prescindir del victimismo. No quiere 'aprovecharse' de su condición y está convencido de que, a veces, lo mejor que se puede hacer es no hacer nada. Así que, en lugar de lloriquear o ponerse digno, se interesa por el amante de su mujer, tratando de averiguar si será un buen padre adoptivo. A su hijo, o más bien a su hijo del futuro, le deja una larga nota con instrucciones para la vida

y alguna reflexión de alcance universal. Una especie de *memento mori*.

Manteniendo un relativo control, encara el final con serenidad, tratando de alcanzar, incluso, cierto grado de armonía, un esfuerzo del que puede sacarse alguna lección. *La vida al final* (Anagrama) reflexiona sobre la pérdida y la dependencia emocional en un tono sobrio, menos dramático de lo que cabría

esperar. Indaga en el tabú, sin desgarros ni sensiblerías, simplemente constatando que nada es eterno. Quizá sea esa contención el principal rasgo distintivo de esta novela.

El viejo maestro —Bernhard Schlink es un escritor enorme, ineludible para cualquiera interesado por la narrativa europea contemporánea— combina, como siempre, profundidad y perspicacia. Se ocupa de lo

trascendental con gran firmeza de pulso, sin ceder ni por un instante a la grandilocuencia o la pedantería. Sin exagerar ni romantizar nada. Y sí, puede que su visión esté teñida por una especie de nihilismo radical que acaba resultando incómodo, pero no se debe confundir la frialdad en el tono con la indiferencia.

Miguel Artaza



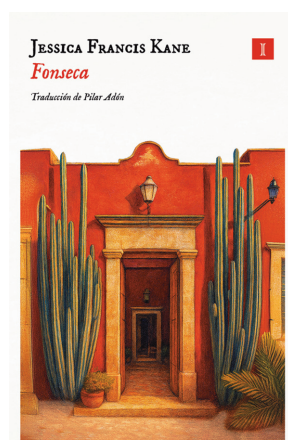
Schlink se hizo conocido en los 90 con su novela *El lector*

Apócrifo mexicano de Penelope Fitzgerald

'Fonseca' reinventa un episodio poco conocido de la vida de la escritora, un viaje en busca de una improbable herencia

Suele decirse que hay libros o películas o series en los que nos quedaríamos a vivir. Pues bien, *Fonseca* (en Impedimenta), de Jessica Francis Kane, es uno de esos. Si hay novelas que te atrapan por el argumento o por el tono o hasta por el paisaje, ésta lo hace por las tres cosas a la vez. Se trata de un texto simpatiquísimo, de difícil clasificación, a medio camino entre la biografía novelada y el falso documental y con un planteamiento de partida más o menos intrigante que la aproxima al *cozy mystery*.

Etiquetas que tampoco aciertan a explicar esta original aproximación a la figura de Penelope Fitzgerald. Inspirada, amable, meta literaria, fantasea con episodios posibles o alternativos de la vida de su homenajeada, dotándolos de un nuevo y luminoso significado. Una pequeña historia bien contada, que habría divertido a la propia Fitzgerald, famosa por 'contaminar'



sus ficciones con elementos autobiográficos.

Fonseca parte de un episodio inverosímil, pero real, del que Fitzgerald nunca habló demasiado: "Solo podemos especular. Quizás por amor, por vergüenza por perseguir dinero, o porque se convirtió en un sueño que no acabó bien, ella no reveló casi nada". Desencadenado a partir de que la protagonista reciba una extrañísima carta con mata-

sellos mexicano y firmada por un par de solteronas de las que nunca ha oído hablar. Una escueta nota —mitad amable requerimiento, mitad orden directa— en la que le anuncian su urgente necesidad de un heredero al que legar su fortuna.

La clase de correspondencia, como se ve, que uno esperaría recibir de un príncipe nigeriano. Pero una desesperada Fitzgerald, que en ese momento está en la ruina, casada con un escritor alcohólico y embarazada de su tercer hijo, no puede permitirse dudar demasiado. Así que, movida por una esperanza cada vez más frágil, una posibilidad que le parece más remota cuanto más piensa en ella, se lanza a atravesar el Atlántico a bordo del Queen Mary.

Detalles que se nos revelan retrospectivamente. Esta apócrifa crónica mexicana arranca *in media res*, con la protagonista enfrentándose a lo impredecible después de haber cruzado medio mundo: "En 1952,



Jessica Francis Kane rinde un entrañable homenaje a su admirada Penelope Fitzgerald

el día 2 de noviembre cayó en domingo, y por la tarde una madre y un hijo se encontraban ante la casa de las Delaney, en Fonseca, México, a punto de

llamar a la puerta después de haber recorrido un camino muy largo".

M.A.